

aramео, siendo, en esencia, una variante del arameo clásico, pero sin haber desarrollado las características propias del siriaco literario posterior. La tercera parte ofrece diez *textos sudarábicos*, es decir, escritos en sudarábigo antiguo o epigráfico (siglo VII a. C. - siglo VI d. C.), una lengua dialectalizada que es sumamente interesante tanto desde el punto de vista lingüístico (por su relación con el árabe y el etiópico) como por su valor como fuente de información histórica para reconstruir la historia y las costumbres de la Arabia del Sur. Se ofrecen para el estudio tres textos en sabeo (nn. 1-3), cuatro en haseo (nn. 4-7) y tres en qatabánico (nn. 8-10). Por último, el cuarto capítulo incluye una selección de *textos preislámicos y paleoislámicos*, escritos en nodarábico clásico o simplemente “árabe”. De los diez textos escogidos, destaquemos los nn. 1 y 3, en los que Monferrer ofrece una interesante lectura de dos famosos textos, la inscripción de al-Namara y la inscripción en honor de Obodas, escritos en árabe pero con escritura nabatea.

Sea bienvenida esta publicación en el panorama de los estudios semíticos españoles pues, además de ofrecer un novedoso material docente, abre un campo de investigación que, hasta el momento, había quedado marginado o incluso olvidado en nuestro ámbito académico. Esperamos nuevas iniciativas en este sentido por parte de los autores que, hasta el día de hoy, han ido colaborando en la colección Estudios de Filología Semítica, una iniciativa fundada por el fallecido Dr. Josep Ribera Florit que hoy dirige el profesor de la Universitat de Girona, Dr. Joan Ferrer Costa.

FRANCISCO DEL RÍO SÁNCHEZ  
Universidad de Barcelona

MONFERRER SALA, Juan Pedro y MARCOS ALDÓN, Manuel (eds.), *Lenguas y Escrituras en la Antigüedad* (Granada: Cátedra Unesco UCO, 2010), 443 pp. ISBN: 978-84-937736-0-1

El presente trabajo es el resultado de las ‘sesiones de expertos’ que tuvieron lugar en octubre de 2008 en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, bajo el nombre de “Lenguas y Escrituras en la Antigüedad”. El volumen, que aparece por fin al público, está dividido en

tres grandes bloques: ‘De Mesopotamia a las planicies sirias y arábicas’, ‘En el corazón del Creciente Fértil’ y ‘Entre el Mar Rojo y el Mediterráneo’.

El primer bloque, ‘De Mesopotamia a las planicies sirias’ recoge las lenguas y escrituras acadia, hurrita, amorrea y árabe antigua.

Es el profesor Márquez Rowe quien nos presenta la lengua y escritura acadia (pp. 3-32). El acadio es la más antigua de las lenguas semíticas que se conocen, siendo una de las primeras lenguas documentadas de la historia. Su descubrimiento se da a mediados del S. XIX en las ruinas de los archivos y bibliotecas de Nínive y Kalah. La lengua acadia se habló en Mesopotamia y convivió durante varios siglos con el sumerio, dando lugar a varios dialectos. El acadio sólo se ha conservado en registro escrito, empleando el sistema de escritura cuneiforme inventado y utilizado para escribir sumerio, lo que lleva al uso de un registro gráfico inadecuado, como Márquez Rowe nos indica, ya que el sumerio es una lengua aislada, por lo que resulta una lengua distante y bastante distinta del acadio.

Márquez Rowe nos presenta cinco textos seleccionados de un corpus muy amplio y diverso y en continuo crecimiento, como es el corpus acadio. Los dos primeros textos seleccionados son textos de la crestomatía con los que el autor pretende acercarnos a la oralidad perdida del acadio. Los tres textos restantes provienen de la biblioteca de Asurbanipal de Nínive. El primero de ellos es un pasaje de uno de los libros de textos que ayudan a la formación escolar de los escribas cuneiformes. El segundo texto es uno de los cientos de ejemplares de los libros de presagios conservados, concretamente, pertenece al libro de la teratomancia. El último texto es un texto literario extraído del poema de Gilgamesh, donde el acadio aparece en su dialecto babilonio estándar.

La cuestión sobre el hurrita es presentada por Juan Oliva (pp. 33-66). Se trata de un difícil trabajo el de exponer una lengua que resulta ser una de las más desconocidas del Antiguo Oriente Próximo. Así pues, Juan Oliva hace unas aclaraciones previas sobre el estudio de esta lengua, cuyo desciframiento no se ha concluido aún. El hurrita, se compondría de dos grandes dialectos: el dialecto nor-siro-mesopotámico denominado “hurrita

de Mittanni” y un dialecto que aparece en registro escrito en los archivos hititas de Anatoli. A día de hoy, se sigue sosteniendo la hipótesis de que ambos dialectos tienen un mismo origen paleobabilónico (1800-1700 a.C.) y ubicado en el norte de Siria y Mesopotamia.

El trabajo de Juan Oliva recoge algunas nociones de la gramática hurrita, pero como su autor indica se trata de una gramática sobre la que aún existen discrepancias, lo que dificulta el estudio de esta lengua. En cuanto a la escritura hurrita, Oliva no nos destaca ninguna característica, ya que el hurrita hace uso, al igual que otras lenguas del Antiguo Oriente Próximo del sistema cuneiforme, atestiguado por primera vez en la Inscripción Real de Tishatal (final tercer milenio), y empleada, al menos, durante dos mil años más. Los tres textos que Juan Oliva ha seleccionado para su exposición sobre el hurrita, son fragmentos comentados de la Carta de Mittanni, la cual ha permitido el estudio del dialecto hurrita de Mittanni.

Adelina Millet (pp. 67-78) nos presenta el amorreo, una lengua de la que no se tienen testimonios escritos, por lo que su conocimiento se basa casi por completo en el análisis de los nombres propios amorreos en textos acadios, escritos mediante el sistema de escritura usado para notar el acadio (y antes el sumerio). Ante esto, la cuestión escrita se hace difícil de explicar, como indica Millet, ya que se trata de la transliteración de un nombre propio amorreo reflejada según la ortografía acadia y no según la ortografía amorrea, debido principalmente a que los escribas en Mesopotamia desconocían el amorreo, aunque los textos provenientes de las zonas más occidentales presentan una aproximación mayor al original amorreo, lo que podría sustentar la hipótesis de que estos escribas hablaban amorreo. En cuanto a los ejemplos textuales, como se sabe, no existen en amorreo.

Juan Pedro Monferrer nos presenta el árabe antiguo (pp. 79-122). En primer lugar, nos introduce en el marco político-social en el que encontramos esta lengua para entender la consolidación de la misma. Se trata pues de una lengua que toma forma dentro de un conjunto de dialectos marcados por el carácter (semi)nómada de los que hacían uso de ellos en la Península Arábiga. En este contexto geográfico encontramos, nos dice

Monferrer, una división norte/sur, siendo el norte cuna del amorreo en confluencia con el acadio y con dialectos arameos y sur, en contacto, entre otros, con el etiópico.

La aparición de la lengua árabe hay que situarla, por tanto, en este doble marco de desarrollo lingüístico, aunque partiendo siempre de su demarcación geográfica básica adscrita al área meridional y bajo los condicionantes sociopolíticos del entorno, que posibilitaron que tribus seminómadas con el paso del tiempo se erigieran en dominadores de la zona que los llevó, progresivamente, a imponer sus patrones sociales y su lengua: el ‘protoárabe’, que otros autores prefieren denominar ‘protonorarábigo’.

Todo apunta a que el ‘árabe antiguo’ fue una lengua hablada hasta finales del S.V y/o comienzos del S. VI A.D., lo que conlleva que esta lengua no llevó asociado ningún tipo específico de escritura. La “tradición alfabética árabe” se subdivide en dos familias: el “surarábigo antiguo” – cuyo ejemplar más célebre es el sabeo- y el “norarábigo antiguo”. El ‘alfabeto árabe’ pertenecería al grupo occidental de las escrituras nor-semíticas, aunque, como indica Monferrer, esta cuestión no se encuentra aún resuelta.

Los textos seleccionados por Monferrer Sala para ejemplificar su intervención sobre el ‘árabe antiguo’ son la inscripción de al-Namārah (en escritura nabatea), la inscripción de Ġebel Usays (Siria), una inscripción de La Meca datada en el año 80 de la hégira y la inscripción de ‘Ein el-Murayfiq cuyas tres últimas líneas, en dialecto norarábigo son las recogidas aquí.

El segundo bloque, ‘En el corazón del Creciente Fértil’, recoge las intervenciones relativas al fenicio, ugarítico, arameo y hebreo.

El fenicio (pp.123-168), presentado por J.A. Zamora, es una de las lenguas denominadas ‘cananeas’ (junto al hebreo, amonita, edomita y moabita) que se atestigua en su mayor parte con documentos epigráficos que comparten como sistema gráfico el llamado alfabeto fenicio. Estos testimonios epigráficos son pues una muestra mínima del antiguo uso de la lengua fenicia, ya que son un ejemplo reducido, incluso, de su antigua fijación por escrito. Esto se debe a que la mayor parte de la producción

escrita fenicia quedó fuera de todo proceso de transmisión por copia, ya que se fijaron sobre soportes perecederos. Así, la mayoría de los epígrafes conservados, pese a su relativa abundancia, son frecuentemente breves y muchas veces repetitivos. Además, los epígrafes suelen distribuirse en el tiempo y en el espacio de manera discontinua y heterogénea, lo que limita su estudio.

Los textos que Zamora ha seleccionado para ejemplificar la lengua y escritura fenicias han sido: inscripción del sarcófago de Ahrom, inscripción del año de entronización de Bodashtart, inscripción de Batnoam y estela de Lilibeo (Sicilia).

Gregorio del Olmo nos presenta la lengua y escritura ugarítica (pp.169-222). Esta lengua, como señala del Olmo en la introducción, representa una variante local de la hablada en la Siria septentrional en la segunda mitad del segundo milenio a.C. Sin embargo, el momento histórico y la situación geográfica son bastante imprecisos, por lo que es arriesgado hacer una clasificación de este dialecto. Es por ello por lo que el debate sobre esta cuestión aún sigue abierto. La discrepancia parece girar entorno al carácter más o menos cananeo que se atribuye al ugarítico, noción que debiera aclararse, según Del Olmo, desde el punto de vista de la historia de la lingüística semítica.

En cuanto al sistema gráfico, la principal peculiaridad es que el ugarítico combina el sistema de la forma gráfica de los signos (cuneiformes) y su soporte material (tablilla de arcilla) con su peculiar valor fonético (alfabético). Es decir, mezcla el sistema mesopotámico de notación con el sistema cananeo de representación (los signos no representan sílabas sino consonantes), lo que reduce el signario ugarítico cuneiforme-alfabético a una treintena de signos frente al medio millar largo del signario logográfico acadio.

En cuanto a la producción textual, los principales textos que se han encontrado se hallan en las ruinas de la ciudad de Ugarit y, a diferencia de otras literaturas, la ugarítica se ha conservado gracias a que su soporte no era perecedero. Los textos pueden clasificarse en: narrativos poéticos (mitos y leyendas), rituales (culto y magia), escolares (abecedarios, textos

léxicos), textos de cancillería (cartas y convenios) y administrativos (inventarios, cuantas, facturas). Los seleccionados por Del Olmo pertenecen a los dos primeros y han sido cuatro: ‘Ciclo mitológico de Baal II: Baal Rey’, ‘La epopeya de Kirta’, ‘Orgía divina y remedio contra la resaca’ y ‘Ritual funerario por el rey muerto’.

El arameo (pp. 223-252) nos lo describe Francisco del Río Sánchez. El término ‘araméo’ se utiliza de modo genérico para referirse a un lenguaje del grupo semítico noroccidental. En verdad no hay nada parecido a una lengua ‘araméa’ única e inmutable, sino un amplio grupo de variantes lingüísticas que se extienden durante, al menos, los comienzos del primer milenio a.C. hasta la actualidad. Estas variantes presentan diferencias entre ellas pero, como indica del Río, se asemejan mucho entre sí pese a estar separadas temporal o geográficamente. Esto no sucede, sin embargo, con los ‘dialectos vernáculos’ arameos que han llegado hasta nuestros días, los cuales presentan grandes diferencias entre sí y con las variantes escritas.

Francisco del Río nos presenta una introducción histórica sobre la aparición y desarrollo de los pueblos arameos a lo largo de la historia, lo que permite contextualizar los orígenes de esta lengua y entender su evolución propia, distinguiendo el autor varios periodos: estatal (araméo antiguo), imperial (araméo imperial), greco-romano (araméo medio) y tardío (araméo tardío).

En cuanto a la escritura, fue en el período estatal (SS. X-VIII a.C.) Cuando los arameos adoptaron el alfabeto cananeo-fenicio para escribir una lengua que hasta entonces era vernácula. Pero habrá que esperar hasta el periodo imperial para encontrar un desarrollo propio de un sistema de escritura, lo que se relaciona con el uso del arameo como lengua internacional (S. VIII a.C.) y el empleo de soportes de escritura más endebles (arcilla y papiro).

Los textos seleccionados por el autor son: para el arameo antiguo la inscripción de Tell Dan, para el arameo judaico el epitafio del rey Ozías, para el arameo de Ḥaṭrā la inscripción en honor de Qayyāmay, para el arameo de Palmira la inscripción perteneciente a una estatua en honor de la

reina de Zenobia, y para el arameo nabateo un contrato de una tumba en Petra.

Joan Ferrer nos ofrece una descripción del hebreo (pp. 253-286), lengua de los antiguos estados de Israel y Judá y de las comunidades judías herederas de su lengua y de sus tradiciones religiosas, plasmadas en la Biblia. Así, la principal fuente de conocimiento de esta lengua es la Biblia Hebrea, exceptuando las partes arameas de la misma.

La primera referencia bíblica al nombre de la lengua se encuentra en Isaías 19,18 y se designa como 'lengua de Canaán'. La historia de la lengua hebrea se puede dividir según nos propone Joan Ferrer, en hebreo preexílico, postexílico, rabínico, literario hablado y moderno. Pero si atendemos al transcurso de la historia, las variaciones lingüísticas nos permiten realizar una división diferente, en la que encontramos las siguientes etapas de la lengua: el hebreo arcaico, el de la poesía bíblica arcaica, el de las inscripciones y el de Palestina en el periodo del Segundo Templo. Sin embargo, la escritura hebrea no encuentra aún hoy en día una evolución cronológica aceptada por todos los estudiosos debido a que éstos no han llegado aún a un acuerdo sobre la datación de los diferentes textos encontrados.

Los textos seleccionados por Joan Ferrer son: el calendario de Gézer (texto más antiguo en lengua hebrea, datado entre el 925-900 a.C.), la inscripción de Siloé (hebreo arcaico), el papiro de Wādī Murabba'āt (único papiro de época preexílica que conservamos) y el *ostrakon* de Laquiš número cuatro (perteneciente a los últimos años del Reino de Judá).

El tercer bloque, 'Entre el Mar Rojo y el Mediterráneo', recoge la lengua y escritura egipcia, etiópica, copta y latina.

Andrés Diego Espinel nos presenta el egipcio (pp. 287-328). Se trata de la lengua de la Antigüedad conocida a través de las fuentes escritas que ha sido empleada de forma continua durante más tiempo como vehículo de comunicación.

El egipcio pertenece a la familia de las lenguas afro-asiáticas o camito-semíticas, pero por sus peculiaridades, el se considera como una lengua y una rama independiente dentro de este grupo lingüístico. Según parece, el

egipcio se hallaría entre las lenguas africanas y las semíticas, aunque el origen del egipcio aún es desconocido. Las etapas de la lengua egipcia no se han realizado aún desde un punto de vista histórico, sino que se ha llevado a cabo sólo desde un punto de vista lingüístico. Así, las diferentes etapas de la lengua egipcia son: el egipcio de la primera fase: Egipcio Antiguo (2800 a.C.- 2100 a.C. a pesar de encontrar documentos del 3200 a.C. no se tienen en cuenta, pues no aparece un sintagma verbal hasta el 2800 a.C.), Egipcio Medio (2100 a.C.-1300 a.C.); el egipcio de la segunda fase: neogipcio (c. 1300 a.C.- siglo VII a.C.), demótico (650 a.C), y copto (c. 400- 1000 d.C.).

En cuanto a la escritura, durante sus más de cuatro milenios de historia (escrita), el egipcio se apoyó en diferentes sistemas de escritura basados en dos: el jeroglífico, del que se derivan otras variantes como las escrituras hierática y demótica, y el alfabético que se apoyó, principalmente, en el alfabeto griego y en algunos signos autóctonos demóticos que dieron origen a la escritura copta.

Los textos seleccionados por el autor son: estela de Chauty (Dendera, Alto Egipto), inicio de un himno al dios Sebek (escrito en el llamado *Papiro de Ramesseum VI*), carta de Ahmes de Peniaty a Tiy/Tiya (papiro) y dos etiquetas de momia en demótico.

El etiópico (pp. 329-366) nos lo presenta J.M. Cañas Reillo. Como el autor nos indica, con el término “etiópico” se distinguen dos realidades: el conjunto de lenguas semíticas del norte y centro de Etiopía y de Eritrea, de un lado, y de otro, el etiópico clásico o lengua literaria de Etiopía, conocido como “gué‘ez”.

El gueez es originalmente la lengua hablada en el antiguo imperio de Axum. Sus primeros testimonios conocidos son inscripciones que datan de los SS. V/IV a.C., mientras que se extinguió como lengua hablada hacia el año 1000, coincidiendo con el declive del imperio de Axum, aunque su vinculación con la Iglesia etiópica le aseguró su pervivencia como lengua literaria.

La clasificación y origen del gueez aún son objeto de debate, un debate que se centra en dos opciones principales: un origen sudarábigo o un origen



africano. Esto se debe a que el gueez posee características muy particulares. Por un lado, ha conservado muy bien las características lingüísticas del protosemítico, por otro lado, cuando coincide en ciertos rasgos con el acadio resulta muy arcaizante, mientras que en otros aspectos es muy innovador. Además, el gué'ez cuenta con la influencia de otras lenguas, como las del sustrato cusítico, del griego, del copto, entre otras.

En cuanto a la escritura, hasta el S. XIX el gueez ha sido casi en exclusiva la única lengua de Etiopía que contaba con escritura. El alfabeto etiópico en el que se escribió la literatura en gué'ez y que han adoptado, con modificaciones, algunas lenguas modernas de Etiopía, es un tipo de semisilabario en el que cada carácter representa una consonante y una vocal. La procedencia sudarábica del alfabeto etiópico es un hecho tradicionalmente aceptado, aunque en los últimos años se está empezando a poner en duda, ya que al comparar los alfabetos sabeo y etiópico se observa que son el mismo alfabeto con variaciones propias de la diferencia cronológica, lo que abre el debate dejando entre ver que la influencia no tiene que ser necesariamente del sur de Arabia a Etiopía, sino que podría ser al contrario. Los textos seleccionados para el etiópico han sido: una inscripción de Matara (en escritura arcaica consonántica), y tres textos literarios: el comienzo de la lectura para el mes de *genbot* del 'Sinaxario etiópico', el comienzo del Libro de Henoc y 'La espada de la Trinidad' (texto mágico-religioso).

Sofía Torallas y María Jesús Albarrán nos ofrecen un acercamiento al copto (pp. 367-398). El copto es la fase más reciente de la lengua egipcia, caracterizada por la adopción de un nuevo sistema de escritura derivado del alfabeto griego. Esta etapa de la lengua egipcia se relaciona frecuentemente con el desarrollo y surgimiento del cristianismo en Egipto, aunque no debe olvidarse que se trata de una lengua de un pueblo milenario, por lo que muchos otros documentos conservados atestiguan el uso generalizado de esta forma de la lengua egipcia.

La lengua copta está dividida en diversos dialectos que difieren ligeramente en cuestiones ortográficas, morfológicas y léxicas, pero que tienen una sintaxis común. Los principales dialectos del copto son:

sahídico, bohaírico, fayúmico, mesokémico o Egipcio medio, licopolitano o subacmímico y acmímico. Además, el copto es una lengua que tuvo contacto con otras lenguas como el griego o el bereber, con las que comparte léxico. La decadencia del copto llegó con la conquista árabe de Egipto (614 d.C.), que trajo consigo la arabización e islamización de toda la población, lo que hizo que el árabe sustituyera a la lengua copta, la cual quedó relegada al *status* de lengua de la liturgia. Pero en el s. XIII AD, los coptos empezaron ya a escribir tratados teológicos en árabe, lo que desbancó al copto de la literatura litúrgica. Ya en el s. XIV se considera que el copto está totalmente extinguido, aunque se habla de familias que en el s. XX aún conservan esta lengua, pero son casos aislados y testimonios poco fiables. A mediados del s.XIX se intentó resucitar el copto enseñándolo en las escuelas, pero fue inútil.

La escritura copta se puede dividir en tres grandes períodos: el Pre-Antiguo Copto, el Antiguo Copto, y un tercero en el que se produce la estandarización de la escritura copta (S. IV d.C.). El texto seleccionado por las autoras es una carta fechada entre los SS. V-VI d.C. de procedencia desconocida y redactada en dialecto sahídico (pergamino).

El latín arcaico (pp. 397-430) es presentado por Joaquín Mellado y Manuel Marcos Aldón. El latín de los primeros textos históricos es una lengua derivada del tronco común de lenguas indoeuropeo y aparece en el Lacio, donde habitaban diversas tribus que irán movilizándose, originando nuevos y diferentes dialectos. El latín, en concreto, ve su evolución marcada por el contacto con las lenguas de otros pueblos como el etrusco, el griego y el osco-umbro. En el S. III a.C. el latín irá entrando en su apogeo gracias a la aparición de la lengua literaria, que con sus propias normas y fuerzas de cohesión y unificación, hará que el latín de Roma sea la única lengua latina del momento. Esto se da en dos niveles: el latín literario y el latín vulgar (hablado en la calle). Con este doble nivel, la lengua escrita y la oral se van distanciando hasta que el pueblo no entiende la lengua escrita y se recurre a la lengua vernácula para todo, incluida la predicación religiosa del cristianismo que ve en el latín su lengua oficial dentro del Imperio romano.

En cuanto a la escritura latina, puede afirmarse que su raíz es el alfabeto griego de tipo occidental y queda reservada para una pequeña parte de la población que la considera un arte difícil y especializado que requiere arduo aprendizaje

Los textos elegidos por los autores son: inscripción de *Gabi* (final del S. VII a.C.); la inscripción de *Vendia* (620-600 a.C.); la *Lapis Niger* (cipo del Foro Romano. S. VI a.C.); Epitafio de Lucio Cornelio Escipión Barbato (337 a. C. -270 a.C.) y la *Lapis Pollae o Elogium Pollae* (segunda mitad del S. II a.C.).

En suma, el volumen representa un manual introductorio en español, el primero, sobre las principales lenguas y escrituras la Antigüedad. Cada intervención está estructurada de modo que el lector pueda comprender con claridad el contexto histórico de cada lengua en cuestión, su escritura y la práctica sobre una serie de textos, con los que se pretende ejemplifican de modo nítido el procedimiento de trabajo.

Este trabajo, lo acabamos de indicar, es un manual, que al ser el primero en lengua española, ha de tenerse presente para el estudio de la Antigüedad, pues gracias al trabajo de estos expertos podemos conocer las lenguas y las escrituras de la Antigüedad desde un punto de vista histórico y, a la vez, lingüístico, con el que los alumnos de diversas disciplinas en el ámbito de las Humanidades enriquecerán, sin duda, su componente formativo.

LOURDES BONHOME PULIDO  
Universidad de Córdoba

MORFAKIDIS FILACTÓS, M. – M. CASAS OLEA, *Fuentes Griegas sobre los Eslavos. I. Expansión y establecimiento de los eslavos en la Península Balcánica* (Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2009), 292 pp. ISBN: 9788495905116

El Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas dentro de su labor editorial presenta el volumen número 5 de su colección Biblioteca de Textos Bizantinos, dedicado a la edición de las Fuentes Griegas sobre los Eslavos. La publicación de dichas fuentes responde al interés y a la intensa labor investigadora llevada a cabo por los autores, M. Morfakidis y M.